

EL "NUEVO PASADO MEXICANO" DE ENRIQUE FLORESCANO.

Reseña crítica por Luis Gerardo Morales Moreno.  
Teoría de la Historia. Doctorado en Historia,  
Universidad Iberoamericana.  
Profr. Dr. Guillermo Zermeño.

El nuevo pasado mexicano es la última obra del historiador Enrique Florescano y se trata de "un ensayo" que consiste en "un resumen de los cambios observados en la producción histórica sobre México de 1960 a 1989." Dicho ensayo, fue presentado en 1989 dentro de un ámbito más académico pero, a partir de entonces, Florescano entró a un "proceso de actualización de lecturas", "sorpresa ante los profundos cambios ocurridos", que lo condujo al "intento de documentar [y divulgar] esas transformaciones" en el campo de la historiografía de México. El enfoque de Florescano es sugerente: en los últimos treinta años se ha gestado una nueva interpretación global del pasado histórico de México. Analizar la calidad, los alcances y límites de esa "nueva interpretación" constituye, digamos, uno de los fines sustantivos del libro. En sus primeras páginas el autor nos advierte que, además de documentar, "intenta la evaluación de los cambios temáticos, metodológicos y teóricos que han enriquecido el análisis del desarrollo histórico mexicano" misma que va acompañada de una extensa bibliografía, "que considero la más amplia que se ha publicado sobre los últimos treinta años de intensa revisión del pasado."

O sea, con la compra de este libro casi autobiográfico el

lector se lleva tres productos por el precio de uno: documentación, evaluación y bibliografía sobre la producción histórica de México de los últimos treinta años. Todo ello con el propósito magnánimo de "ser útiles a los profesores, estudiantes y estudiosos de la historia mexicana." Inclusive, la bibliografía puede servir como una guía para actualizar "nuestras empobrecidas bibliotecas." Sin duda aquí radica otra de las modestas aportaciones del autor que ya en los años setenta mostró entusiasmo por evaluar la historiografía económica de América Latina, así como la de México en particular. En aquellos años pre-sida, los profesores e historiadores que estábamos aún en la incubadora universitaria, tuvimos en nuestras manos los primeros balances y "puestas al día" en materia de historia económica latinoamericana producto de la Comisión de Historia Económica de CLACSO, uno de cuyos organizadores fue Florescano. Igualmente como Director de Estudios Históricos del INAH, entre los años 1977-1982 en particular, elaboró recopilaciones historiográficas sobre la colonia y el siglo XIX que, en su momento, fueron valiosos ficheros bibliográficos que servían de respaldo a las primeras incursiones en archivos y bibliotecas. Ahora, en 1991, reaparece Florescano por sus fueros didácticos para dar a conocer a un público más amplio un balance de su propia época historiográfica. Porque Florescano es un historiador prolífico e inquieto que, desde sus investigaciones bibliográficas sobre el maíz y los habitantes de Tula, en los años 60, hasta sus recopilaciones en historia económica y sus balances

historiográficos en los años setenta y ochenta, ha sabido mantener al día a la historiografía mexicana. El es uno de los principales protagonistas de esa nueva interpretación sobre el pasado mexicano por lo que este libro adquiere un valor especial.

Sin embargo, no quisiera sumarme al alud de elogios acríticamente. Creo que los buenos propósitos de Florescano se cumplen medianamente quizá porque su intento de articulación de tres objetivos diferentes resulta confuso, o porque como dice el refrán "el que mucho abarca poco aprieta". Desde mi punto de vista, el libro contiene dos grandes alas: la primera, hace una revisión historiográfica con base en una periodización cronológica "porfirista" que divide la historia en cuatro secciones: "la nueva imagen del México antiguo", "revalorización y recuperación del virreinato", la "reinterpretación del siglo XIX" y "la Revolución Mexicana bajo la mira del revisionismo histórico"; la segunda, pretende una evaluación que se convierte en una "regañifa", un discurso muy visceral, sobre el "por qué" nuestra historiografía (la *mexican curious*) resulta más chafa o menos buena que la extranjera (pp. 158-159). Florescano tiene valor y se la juega. Da su propia interpretación sobre la "chaféz" de nuestra educación superior, el por qué "se advierten retrocesos, inconsistencias y fallas en el desarrollo de las instituciones y de la investigación histórica mexicanas..." Y hace juicios tajantes que, sin duda, hacen del libro algo más interesante que un resumen bibliográfico o un cuento de hadas. La segunda ala provocadora debiera crear polémica pero, hasta ahora,

en el medio intelectual con acceso a la opinión pública, el texto ha recibido sólo elogios conformistas y juicios facilonos que no van al fondo de donde quiere ir Florescano.

Por ello, al libro podemos leerlo en dos partes. Una científica y otra política al viejo estilo de la separación entre pensar y hacer. En las líneas que siguen apoyaré mis palabras sin pretender caer en la inmodestia de saber más que nuestro Gran Crítico pero sí, al menos, para someterlo a la reflexión del común de los mortales tomando en consideración la siguiente pregunta: ¿qué pasa con la historiografía mexicana y cuál es su relación con la política educativa-académica? De aquí se derivan otras preguntas pero la esencial es esta que nos plantea un interesante campo de análisis: el vínculo entre la memoria histórica y el poder, uno de los temas favoritos de Florescano tratado en 1980 en ese solitario libro colectivo que no ha tenido descendencia Historia, ¿para qué?

La cuestión del control de la memoria histórica o del ejercicio estratégico de su administración justificaría por sí misma toda una obra teórica y filosófica que en México encontraría mucho campo virgen. De hecho, cuando Florescano nos hace ver la inmensa diferencia que existe entre esta historia de los últimos treinta años y la que aprendimos en las primarias-secundarias y prepas públicas, junto con la que habían aprendido tanto nuestros papás como la de "los papás de los papás de los niños", logra convencernos de que, en efecto, la profesionalización del oficio de historiar ha rendido frutos

dignos de elogio. Pero cuando en esos frutos vemos que los colegas del extranjero han dado línea y lo seguirán haciendo por quién sabe cuántos siglos más entonces sí la cuestión de nuestra *historia administrada*, la organizada desde el Estado-Nación, debe preocuparnos.<sup>1</sup> Pero la manera en que Florescano aborda el asunto no me parece satisfactoria aparte de que estoy en desacuerdo con muchas de sus afirmaciones.

No niego que el autor hace un balance crítico que para el neófito o el universitario resulta útil en el sentido de lo que para mí, como joven historiador, significa tener buenos libros-inventario, libros-archivo, libros-tumbaburros que le auxilian a uno muchísimo, sobre todo, al comienzo de la investigación. En este propósito didáctico, insisto, el autor cumple con creces el apetito del historiador virgen. Pero no así el del historiador trasnochado que se queda con ganas de leer más ideas y menos resúmenes. Aún así, como veremos más adelante, lo pone a uno en guardia, a pensar. Inclusive la parte "política" del libro, se esté de acuerdo o no con ella, propone alternativas al conjunto de la investigación superior de México que creo debieran interesar al mexicano promedio que está más o menos consciente de los cambios que vive ahora el país fundamentalmente en torno al

---

<sup>1</sup>. Al respecto véase a HOBSBAWM, Eric y RANGER, Terence. The invention of tradition. Cambridge University Press, 1983. Y al sugerente ensayo-ponencia de ZERMENO, Guillermo. "En busca del lugar de la historia en la modernidad". México, computaescrito, 1991. Por supuesto también habría que leer detenidamente al nada sencillo DE CERTEAU, Michel. "Producciones del lugar" en La escritura de la historia. México, Universidad Iberoamericana, pp. 33-132. 1985.

cuestionamiento del protagonismo estatal en la economía, "la ficción democrática electoral" y al derrumbe del mito agrarista ejidal. Sin duda, uno de esos asuntos que nos preocupan a muchos mexicanos que participamos en el sistema educativo superior tiene que ver con el lamentable estado de devastación ecológica en que ha dejado a la educación tanto el sindicalismo corporativista del Estado, cuajado en los años treinta-cuarenta, como la crisis de recursos económicos y planeación académica del sistema universitario público que se arrastra desde los últimos años del memorable lópezportillismo. Por tanto, Florescano no escribe sólo de historiografía a secas sino de otras cosas. Su libro invita a discutir y esa discusión conduce inevitablemente a "una toma de postura". Y ni hablar, haciendo uso de un lenguaje de los setentas ahora en desuso, "he caído en la provocación". A continuación, respetando las "dos alas", daré algunos ejemplos del por qué la articulación del libro es fallida (su coherencia y completitud), y por qué resulta ambicioso y hasta confuso.

#### I. Una historiografía sin ejes teóricos.

El primer problema que tiene el balance historiográfico es que el autor no establece, de entrada, el desciframiento de su estrategia de selección bibliográfica. Lo cual puede producir dos efectos nocivos en el lector: primero, desconoce los propios límites de la investigación que se propuso Florescano y, en segundo lugar, no sabe si le va a exigir al autor más de la cuenta o que simplemente no entendió la investigación. Sin

embargo, esto podría paliarse si el lector es más ducho y, a pesar de haber pasado por escuelas públicas o caído en las garras del sectarismo marxista-pedante, le intriga el conocimiento no tanto de la cantidad de libros que existen sobre la "época prehispánica o colonial" sino de algunos problemas teórico-metodológicos representativos de las mismas. Aquí radica, según veo, el principal problema de todo el libro; no hay una delimitación teórico-metodológica del objeto de estudio a tratar: la historiografía de los últimos treinta años. No hay pues un planteamiento teórico explícito que guíe con faroles al marinero, de tal modo que muchas afirmaciones quedan inmersas en tinieblas de subjetividad.<sup>2</sup> Florescano comete un error de estrategia de "ciencia interpretativa": si el propósito es revisar la producción histórica de un período determinado siempre habrá cosas que falten y hay que advertirlo. Florescano no lo hace.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup>. Ya en la primera página, la 15, el autor nos dice "Desde los hombres que hicieron la Independencia [¿estará pensando en héroes?] propusieron el pasado indígena como la raíz original de la nueva nación, se inició el rescate progresivo de la historia de esta época." La frase 'rescate progresivo' requiere más de una explicación pues el indigenismo histórico se construyó no sin contradicciones y problemas. También cuando dice "Manuel Gamio, Alfonso Caso, Miguel Othón de Mendizábal y un puñado de pioneros sin títulos académicos crearon una nueva dimensión de la antropología para estudiar el desarrollo de las culturas mesoamericanas...". Todos esos pioneros tuvieron como "alter ego" a Franz Boas, Eduard Seler y hasta el vituperado Desiré Charnay lo que mostraría que no es reciente la dependencia intelectual de los mexicanos de las metrópolis culturales.

<sup>3</sup>. Esto lo sabemos por diversos historiadores como Marc Bloch, E. H. Carr, Fernand Braudel, Witold Kula, Peter Burke, Lawrence Stone, Arthur Danto, Michel De Certeau y muchos otros que han planteado el problema de "la representatividad limitada" de los datos, las fuentes y las evidencias documentales, así como el carácter probabilístico y relativo de la investigación

Podríamos descartar esta objeción diciendo que, dado que es un resumen, pues "no hay que pedirle peras al olmo". No resuelve el asunto. Si desconozco de qué estamos hablando en cada caso, (si el tema es la agricultura ¿qué problemas son pertinentes para el llamado "México antiguo?", o si el tema es la participación política en la guerra civil de 1911-1917 ¿qué categorías de análisis procede emplear?, etcétera) la idea que queda, para desgracia del propio autor, es que no abordó todos los problemas o que prefiere más a unos que a otros. Por ejemplo, por qué habló más de Schele en el caso de los mayas y no de David Stuart. ¿Por qué en la "revalorización" del período colonial da más importancia a un *inventario de temas novedosos* (lo que no significa innovadores) en vez de dar seguimiento a temas medulares? (la cuestión del mercado, de los precios, de la renta agraria, del capital comercial en la esfera productiva) ¿Por qué no destaca las aportaciones de Carlos Sempat Assadourian en la historia económica colonial? ¿Por qué el inmenso y rico siglo

---

histórica frente al "objetivismo" histórico del positivismo decimonónico.

\*. Me refiero principalmente a tres obras que han sido para mí, al menos, una fuente de reflexión de obligada consulta y, con mucho, la mejor contribución marxista de los últimos tiempos en materia de historia económica: "Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo en América Latina" en Assadourian, Cardoso, et. al. Modos de producción en América Latina. Argentina, Cuadernos de Pasado y Presente/Siglo XXI editores, 1973. (número 40), pp. 47-82; "La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial" en FLORESCANO, Enrique (comp.) Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975). México, Fondo de Cultura Económica, 1979. pp.223-292. Y El sistema de la economía colonial. El mercado interior, regiones y espacio económico. México, Editorial Nueva Imagen, 1983.

xix lo reduce esquemáticamente a la investigación de Xavier Guerra? Los criterios de "representatividad" para elegir secuencias temáticas y jerarquizar las aportaciones de los autores que desfilan por el libro desconozco si responden a intereses personales del autor, a problemas teórico-metodológicos, a paradigmas historiográficos, etcétera.

Me parece que hay un poco de todo y, en esa medida, el texto confunde (por lo que ya no sé si sea muy recomendable que lo lean los estudiantes). Vale la pena detenerse un poco más en estas observaciones ofreciendo otros ejemplos. Las páginas sobre el México prehispánico y el virreinato prefiero bríncármelas ya que no soy especialista en esos ámbitos (aunque leo dos que tres). En cambio, en lo que refiere al "siglo XIX", no canto mal la rancheras y tengo varios comentarios. Pienso que el autor no delimita problemas sobre los que hubiera sido bueno reflexionar. Florescano, en su fértil trayectoria en el gremio, destaca para mí porque con sus estudios sobre los precios del maíz y las estructuras agrarias coloniales (en donde la influencia de la historiografía francesa de la posguerra es muy clara) sienta sus reales en México la parcela de la historia económica (con todo y que su jerga técnica sonaba un tanto pedante). Su interpretación sobre las crisis agrícolas del auge borbónico estuvo en la perspectiva de los estudios de la época y esa interpretación contribuyó a enmarcar otra crisis mayor: la independencia de 1810-1821. Ahora muchas de esas hipótesis no se pueden sostener a la luz de estudios recientes como muy bien sintetiza John H

Coatsworth hablando de balances historiográficos correctos.<sup>5</sup>. ¿Por qué Florescano no hizo un balance de estos cambios siguiendo el destino de su propia investigación? ¿Qué tanto lo que escribió sobre el México borbónico se sostiene? Por alguna razón no lo hizo eligiendo el camino del fichero bibliográfico superficial. O sea, no hay manera de saber en qué momento se encuentra Florescano como historiador. Inclusive, casi al final del libro (página 169), cuando se nos dice qué cosas hace falta hacer en materia de investigación, Florescano menciona la necesidad de recoger en "una obra integradora los principales *Ensayos sobre la historiografía mexicana*". ¿Por qué no expuso en el primer capítulo de su libro un primer avance? Hubiera sido muy esclarecedor que nos dijera qué historiografías existen y cuáles son sus características. Así, habría delimitado su propia investigación y tendríamos puntos de comparación más certeros con respecto a sus propios alcances o límites.

El ensayo sobre las reformas borbónicas que Florescano e Isabel Gil escribieron a la mitad de los setentas pertenece a una etapa de transición entre el siglo XVIII y el siglo XIX. Pero vemos que el autor olvida su obra y no plantea problemas sino que sólo resume obras y temas. Los vacíos teóricos harán estragos pues sin el auxilio de conceptos claves como mercado interno, renta de la tierra, excedente económico, crisis, legitimidad, sistema colonial, espacio, territorio, etcétera, la

---

<sup>5</sup>. COATSWORTH, John H. "La historiografía económica de México" en Los orígenes del atraso. México, Alianza Editorial Mexicana, 1990. pp. 21-36.